

EL APOSTOL

Personajes

DIRECTOR, traje de faena.

ARMANDO, joven bien plantado, con cierto aire de inocencia.

LUISA, muchacha bonita.

MUSICA. *Ambienta la vida nocturna de una ciudad.*

LUZ. *Debe dar la impresión de resplandores sobre el asfalto, ráfagas de automóviles en marcha (algo así como lo que se ve de la ciudad desde una ventana de piso alto).*

SONIDO. *Tráfago de moderada intensidad. Motores de automóviles que pasan y se alejan.*

ESCENOGRAFIA *a medio montar. Algunos tramoyistas laborando.*

LUZ *mediana sobre el escenario.*

DIRECTOR. *Baja las luces del fondo. A ver... esos módulos. Más acá, un poco más sesgado. Enderecen el del fondo, A...llí. Cuidado con la lámpara. Cuelguen los cuadros. Enciende la luz de la chimenea; menos, hombre, que no es incendio. Bueno: ahora la lluvia. A ver. . . (SONIDO: *chubasco, algún relámpago, un rayo. Suena el agua sobre tejado.*)*

18-mayo-66
JLR

80/nov/08
WPS

1084374

WPS
C.1

ARMANDO (*fuera del escenario, grita*). Taxi... taxi.

DIRECTOR (*al público*). La pareja se está empapando en la calle. El traido convence a la patoja de que entre a su departamento a cobijarse hasta que escampe. Porque está lloviendo a cántaros, como ustedes se habrán dado cuenta. (*Alzando la voz, a los tramoyistas*). Bueno; ya el honorable público se dio cuenta de la situación. En cuanto entre la pareja, fuera las luces de fondo. Apagarán la chimenea. A ver. . . llévense cuadros y adornos; sólo dejan los muebles. Gracias. Y ahora, me voy. *Mutis. Los tramoyistas salen corriendo.*

LUZ, *apagón rápido. Sube gradualmente. Se prende la lámpara.*

MUSICA *se desvanece lentamente.*

ARMANDO (*ofreciendo a Luisa un ponche caliente*). Tómese esto. Le hará bien.

LUISA (*sentada en el sofá, secándose el pelo con una toalla, mira con sospecha la taza*).

ARMANDO. No está envenenado. Si quiere tomo un trago.

LUISA (*rompe a llorar, con la taza entre las manos. La lluvia le ha pegado el pelo sobre la cara*).

ARMANDO (*mimoso*). Vamos... Pórtese bien. Beba a pequeños tragos. Desde hace genera-

ciones, en mi familia curan con este ponche todas las enfermedades del cuerpo y del alma.

LUISA (*bebe y tose*). Está muy caliente.

ARMANDO. Así tiene que ser la cosa; no sé por qué. Pero le hará bien. Quítese esa ropa y póngase mi bata. Es roja, pero abriga bien. Yo también estoy empapado y me cambiaré en el cuarto vecino.

LUISA. No vale la pena que se tome estas moles por mí.

ARMANDO. ¿Por qué no? Ha oído hablar de la caridad cristiana, ¿no es cierto?

LUISA. Quiero morir.

ARMANDO (*que como lo anunció ya se ha ido a la vecindad, asoma la cabeza por la puerta*). ¿Cómo dice?

LUISA. No quiero seguir viviendo.

ARMANDO (*termina rápidamente de cambiarse mientras Luisa examina bien la pieza, y aparece secándose la cabeza con una toalla*) No diga esas cosas porque acabará creyéndolas. ¿Cómo se llama?

LUISA. Luisa. ¿Y usted?

ARMANDO. Armando, para servirla. No nos decimos los apellidos. Pero lo mismo pasa en el cine... Oiga, ¿puede saberse qué hacía en la calle a esta hora y en semejante estado?

LUISA. Vivo con mi madrastra. Es una mujer horrible. Me trata como esclava. Sólo porque rompí un florero me sacó sangre de narices de un sopapo y me echó a la calle. Ya ha pasado esto otras veces; pero ahora no volveré a su casa, por nada en el mundo.

ARMANDO (*se peina sin verse al espejo y toma asiento junto a la muchacha*). ¿No tiene parientes, algún padrino, alguna amiga suya o de su familia?

LUISA (*suspirando, se peina de cualquier modo con los dedos*). No tengo a nadie.

ARMANDO. Pero... siempre hay alguien a quien uno no le cae completamente mal. O tal vez una de esas señoras viudas que andan buscando a quien querer.

LUISA (*mueve lentamente la cabeza*). No tengo a nadie.

ARMANDO. Caray... ¡qué bien le sienta esa bata! se parece a Jane Fonda en aquella película del lago. ¿La vió?

LUISA. Hace tiempo que no voy al cine; sólo veo la tele. Pero usted... también se ve muy bien con esa camisa. (*Como evadiendo la intinidad*). Qué lindo departamento... ¿No está su mamá?

ARMANDO (*muy sorprendido*). ¿Cómo sabe que vivo con ella?

LUISA. Porque si viviera con una mujer no me

habría traído a su casa, y porque... (*tratando de improvisar*). Ahí está un tejido de aguja demasiado fina, de las que sólo hacen las señoras de antes. Ahí hay una foto de usted con ella. Se parecen mucho.

ARMANDO (*sonríe*). Es increíble... Usted debe ser detective biónica... Pues sí: mi madre está de temporada con mi tía, una señora que habla demasiado, pero es muy buena. Lupe, la criada, es la que me cuida ahora. Ya se acostó; mañana la verá. Parece bruja; pero es más buena que el pan.

LUISA. Así es mejor, ¿no lo cree? Que la gente parezca mala y sea buena, y no que parezca buena y sea mala. (*Transición*). Debe ser maravilloso tener madre. (*Lloriquea de nuevo*).

ARMANDO. Pero... ¿Qué le pasa? Deje de jirimiriquear porque se le pondrá la nariz colorada y los ojos apurpujados, y mañana la que va a asustar a Lupe es usted. A ver, examinemos la situación. La han echado de su casa, no tiene a nadie en el mundo, quiere morir, sigue lloviendo a cántaros y aquí está calentito y no hay alacranes ni ratas. Lo primero es que duerma aquí.

LUISA (*como en guardia*). Señor, yo...

ARMANDO (*sonríe paternalmente*). Permítame... Usted duerme en el sofá. Mañana se pone su ropa seca y nos comunicamos rápidamente con mi tía, que conoce a media humanidad.

Ella nos ayudará a conseguirle trabajo y además, algún bonito lugar donde acomodarse. Ya verá que la vida se le vuelve entonces menos fea que ahora.

LUISA. Es usted muy bueno. ¿Y sabe? Me molesta que sea usted tan bueno.

ARMANDO. Si las cosas no hubieran pasado como pasaron y si yo no tuviera deberes de hospitalidad y si usted no se ofendiera, le diría que es usted preciosa.

LUISA. Puede decírmelo, si quiere.

ARMANDO. Bueno: pues se lo digo. Y ahora, a dormir. Pensándolo mejor, se quedará usted en mi cuarto (*gesto defensivo de Luisa*) y yo dormiré en el cuarto de mi mamá. Mañana será otro día, como dicen los poetas.

LUISA. No sé cómo agradecerle...

ARMANDO. Pues no me lo agradezca. Si le da hambre, la cocina está allí; siempre hay algo en la refri. Mañana le pide a Lupe lo que quiera, por si yo no me he levantado todavía. Le dejaré un papel bajo su puerta explicándole, para que no se sorprenda de encontrarla aquí.

LUISA. ¿A qué hora se levanta ella?

ARMANDO. Ya está vieja y no es muy madrugadora. A eso de las 7 baja refunfuñando.

LUISA. Muchas gracias.

ARMANDO. ¿Quiere toronja o jugo de naranja? ¿Cómo le gustan los huevos: crudos, tibios, revueltos, fritos, con chirmolito? ¿Come frijoles, o sea mermelada? ¿No le aflige engordar? ¿Prefiere pan, tostadas o tortillitas?

LUISA (*riendo*). No me diga que trabaja en un restaurante y ahí aprendió todo eso.

ARMANDO. No: Trabajo en un banco; pero lo leí en una novela. ¿Le gustan las novelas de misterio?

LUISA. Sí; pero sólo veo tele. Así es como aprendo.

ARMANDO. Mañana hablaremos de telenovelas; a mí también me fascinan. Y ahora, a dormir.

LUISA. Sí, hasta bien tarde.

ARMANDO. Exactamente.

LUISA (*se dirige a la habitación de Armando y desde la puerta sonrío antes del mutis*). Buenas noches, señor.

ARMANDO (*dirigiéndose a la habitación de su madre*). ¿Cómo "señor"?

LUISA. Armando.

Música sube mientras ambos hacen mutis; apagón total. Pausa. Luz tenue. Reflector sobre el director. Música de fondo.

DIRECTOR (*desde bambalinas*). No hay como la noche. Todos somos buenos cuando estamos durmiente. Amanece, el sol se levanta. Deben ser como las 6 y media y comienza el ajetreo de la ciudad. Oiganlo; es bonito. (*Mutis*).

SONIDO: *Murmullo de la ciudad, lejano. Se desvanece.*

ARMANDO (*contento, entra silbando. Toca con los nudillos la puerta de la pieza donde entró Luisa, primero suave y luego más fuerte*). Luisa... Luisita... (*Abre la puerta con precauciones, luego totalmente y entra al cuarto. Desde allí comienza a hablar y continúa conforme regresa al primer ambiente. Se fué: dejó hecha la cama, o ni siquiera se acostó. Y esos cajones abiertos, revueltos... Mi casetera... Mi reloj despertador... (Con creciente apremio). La máquina de escribir... Mis mancuernillas de oro de cuando me recibí de bachiller... Mi cartera... ¡Mi cartera! Pero habrase visto, que hija de la grandísima puta. Eso me pasa por meterme a apóstol. ¡Ah, pero qué bestia soy! ¡Soy un cretino, un perfecto imbécil! (Entra de nuevo en su habitación y la cierra de un portazo).*

MUSICA: *sube, y*

TELON

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

I N T E R M E D I O